

con su crri, crri, a la música, y cómo zumba el perol!

.....
Pero ¿qué es esto? En tanto que yo los escucho con vivo sentimiento de satisfacción y felicidad, y me vuelvo hacia Dot, a fin de ver por última vez esa carita que tanto me gusta, Dot y los demás se han desvanecido en el aire, dejándome solo. Un grillo canta en el hogar; un juguete de niño yace roto en el suelo, y nada más.

* * *

EL ARMARIO DE ENCINA VIEJO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO



EPISODIO DE LA HISTORIA DE MI TÍO

LA pacífica población de Abbeylands iba a entregarse al sueño. Más de un farol de sus antiguas calles había cerrado ya el ojo, y los otros seguían sucesivamente ese ejemplo, a riesgo de hacer que presentasen al ayuntamiento una denuncia contra el abastecedor del aceite del alumbrado. Los tenderos de la calle Mayor cerraban a porfía los postigos de sus tiendas; porque la lluvia, que caía a torrentes les prohibía esperar que algún chalán rezagado se aventurase por su gotera. Las bocas de lobo que coronan las chimeneas, giraban como veletas, a capricho del viento. Los tres agentes de policía encargados de la seguridad pública habfanse ido a dormir, convencidos de que, con semejante noche, los ladro-

nes, si es que los había en Abbeylands, no se atreverían a salir de su guarida, por miedo a acatarrarse. El cirujano, de vuelta de una visita al arrabal, llevaba el caballo a la cuadra y se proponía dejar a todos los demás clientes enfermos morir sin permiso suyo, si no podían esperar hasta el día siguiente, para hacer su viaje al otro mundo. Eran más de las diez y parecían las doce, por lo muy solitarias que plazas y calles estaban.

Pero en la Hostería de los *Tres Pichones*, nadie pensaba en acostarse. Todas las salas estaban llenas, y los mozos corrían de una a otra, llevando en las bandejas cenas substanciosas, téis completos, copas de licor, cigarros, etc.

Un solo viajero, joven aún, habíase retirado a su cuarto, y en pie, cruzados los brazos contra el pecho, contemplaba lo contenido en un baúl que acababa de abrir.

«Vamos, aun se puede sacar partido de lo que me queda aquí—dijo...—Sí, de este baúl puedo evocar un genio no menos poderoso que el de las *Mil y una Noches*, el genio de la venganza... y quizá también el de la riqueza... ¿Quién sabe?... Empecemos, primero, por el otro.»

Si hubierais podido ver lo que contenía el baúl, más bien hubieseis pensado que su poseedor no podía hacer cosa

mejor que llevárselo a un traperero; porque consistía en ropas, la mayoría de las cuales pertenecían, por la tela y la forma, a las modas de otro siglo, salvo uno o dos vestidos de mujer; pero ¿qué podía hacer de un traje de mujer, el joven cuya imaginación se exaltaba de ese modo ante aquel guardarropa heteróclito? No era la época de carnaval...

«—¡Chito! Dan las diez en el reloj—dijo de pronto.—¡Tengo que darme prisa, no vaya a cerrar la tienda el viejo bribón.»

Y hablando consigo mismo, abróchase el frac, se echó por los hombros un abrigo de caza, baja, franquea la puerta, sigue por la calle mayor hasta recorrer sus dos terceras partes, vuelve por una calleja y se detiene ante los escaparates de una tienda.

Tal vez sea esa la sola abierta de todo el pueblo. Detrás del escaparate veíanse las más variadas mercancías: muebles, libros, gemelos, monedas de plata, alhajas, relojes, hierro viejo y artículos de tocador. La mayor parte de esos objetos tenían un rótulo que indicaba su precio. Detrás de un mostrador con rejas había un hombre sentado, con la pluma en los cabellos, como un calculador que acabase de interrumpir una operación matemática para despa-

blar la vela; porque, en medio de todas aquellas riquezas, el hombre del mostrador se alumbraba económicamente con una prosaica luz de sebo plantada en una vieja botella vacía.

También él, al igual que el joven de la hostería, animaba su soledad con un monólogo o uno de esos diálogos solitarios cuyas preguntas y respuestas las hace uno solo.

«—Razón tienen en decirlo: en un chelín hay un millón, como hay en un grano de trigo toda una cosecha para llenar una troj; el secreto consiste en colocar bien el chelín y en sembrar el grano de trigo en buena tierra. La inteligencia y el ahorro dan a los ceros valor poniéndolos a continuación de las cifras; la locura y la prodigalidad ponen la cifra a continuación de los ceros. He aquí otra semana excelente. Las doscientas libras esterlinas que me prestó ha diez años Tomás Evans, han fructificado bien. El estúpido perdió mi pagaré: siempre hacía lo mismo, por su acostumbrada negligencia. Pero lo mismo hubiera perdido el dinero, si se hubiese presentado al vencimiento, en vez de morir dejando su herencia a su hijo Jorge, aun más derrochador que él. Creo de veras que Tomás Evans tuvo la intención de dejarme ese legado, aunque el joven me escribió antes reclamándome las dos-

cientas libras esterlinas, pretendiendo que yo no había pagado a su padre.

«—¡Señor mío—le contesté,—que me presenten mi pagaré, y haré honor a mi firma; yo no invoco prescripción; soy solvente; venga usted mismo, si no tiene confianza en su agente de negocios!»

¡Sí! ¡sí! El joven prefirió correr el mundo con una actriz y gastarse las rentas antes de cobrarlas, en América, de donde supongo que no volverá. Dícese que se ha hecho cómico él también... ¡Cómico!... ¡Que el teatro le devuelva lo que le ha costado! Razón tiene nuestro ministro, el reverendo M. Mac-Holy, en llamar escuela de Satanás al teatro. Si Tomás Evans hubiera sabido que su hijo acabaría su educación en esa escuela, no sólo me hubiera legado el pagaré de las doscientas libras esterlinas, sino también todo el modesto peculio que tan mal ha colocado el joven réprobo. ¡Comerse con una actriz la herencia de Tomás Evans, y acabar por salir él mismo a las tablas!... Ese joven está perdido. ¡No sería yo quien fuese a verle trabajar, aun cuando me enviase un billete de balde!»

El señor Benson, el orador de ese soliloquio, que ejercía el doble oficio de predero y prestamista, era tal vez igualmente ingrato para con el teatro

como para con su difunto amigo Tomás Evans; porque parte de los artículos que guarnecían su tienda procedían de esos pobres comediantes que él convertía en discípulos de Satán, y los había adquirido recientemente por la tercera parte de su valor, a consecuencia de la quiebra del empresario del teatro de Abbeylands. Su última frase, pronunciada con la elocuencia de un fiel sectario de Mister Mac-Holy, quizá fuera oída del joven huésped de la hostería de los *Tres Pichones*, que, después de echar una curiosa ojeada a través de los cristales, entraba en aquel momento en la tienda.

«—Servidor de usted, señor Benson—dijo.—Me alegra que no haya cerrado aún. Tengo que tratar con usted un pequeño negocio.

«—¿Tiene usted algún reloj de más y algunas guineas de menos?—preguntó Benson, abriendo un cajoncito.

«—No, señor; no tengo reloj alguno; en cuanto a las guineas, tengo afortunadamente bastantes para poder comprarle todavía un mueble que he visto esta mañana al pasar por delante de su tienda: un pequeño armario con cajones... creo que es de encina... ¡Ah! Casualmente está ahí...

«—¡Dispésemel!—exclamó Benson, al ver que había juzgado mal al comprador

que, para hacer una compra, llegaba a la hora indebida que generalmente se elige para suprimir algo del moblaje.—Dispésemel. Si le conviene el armario, está enteramente a su disposición... ¡Buen mueble, en efecto... de encina, sí... y encina de primera calidad, con cajones sumamente útiles y bonitos! Ese armario me ha costado bastante caro, en la almoneda del granjero Merrywood, muerto la semana pasada, el pobre hombre. Pero me contento con poca ganancia, aunque se hayan puesto muy de moda estos muebles antiguos. El granjero Merrywood decía que este armario lo tenía su familia desde hace lo menos dos siglos. Puedo cedérselo por dos libras esterlinas.

«—No presumo de ser inteligente en muebles viejos—respondió el joven;—pero tengo una tía a quien creo que gustará éste, y es un regalo que quiero hacerle para completar nuestro mueblaje. No regatearé. He aquí las dos libras esterlinas. Pago al contado, con dos condiciones: primera, que el objeto sea entregado esta noche, sin gastos, y que si por casualidad no gustare a mi tía, me lo cambie usted mañana por la mañana por otra cosa, y, en ese caso, los gastos de regreso serían de mi cuenta.

«—Con mucho gusto, con mucho gusto—dijo Benson, que se esperaba una

rebaja de algunos chelines cuando menos...—Pero ¿cómo voy a mandarlo esta noche?

«—Eso no es cosa mía—respondió el comprador;—deseo también un recibo del dinero, y en ese recibo, se servirá usted especificar que me vende el armario con todo cuanto contiene; porque a veces se encuentra una fortuna en estas arcas antiguas—añadió sonriendo.—Se citan butacas, que la propietaria había henchido con billetes de banco.

«—¡Oh! corro el riesgo sin pesar—dijo Benson, escribiendo el recibo.—En cuanto al transporte... No pesa mucho el armario... Yo me encargo. ¿Adónde hay que llevarlo?

«—A la señora de Truman, calle de Salisbury, núm. 2, en el arrabal... No es un barrio muy bueno; pero cada cual se aloja donde puede, cuando los alquileres son caros.

«—Es una calle muy oscura y que no tiene buena fama—objetó el prestamista.—¿No podría usted esperar hasta mañana por la mañana? Estoy solo en casa con una criada, y, como a estas horas no encontraré en su puesto al porteador de la esquina, no le oculto que me veré precisado a llevar yo mismo el armario. Hace unos veinte años, en esa misma calle robaron y asesinaron a un hombre.

«—¡Oh! ¡Si hace veinte años!...—ex-

clamó riendo el joven.—La calle de Salisbury ha mejorado mucho desde esa fecha. Además, ¿qué ladrón se dejaría tentar por un armario vacío que ha estado dos o tres siglos en la familia del granjero Merrywood?

El señor Benson miró con desconfianza al comprador; pero le tranquilizó la fisonomía franca y leal de aquel joven de veinticuatro años apenas. En efecto, ¿qué podía temer? Y además ¿qué ocasión tan excelente para ahorrarse la carrera del porteador! «¡En verdad—se decía—que debiera invitar a este hombre a un refrescol...» Pero esa buena intención se desvaneció como tantas otras.

«—Si llega usted a casa de mi tía antes que yo, le ruego que le diga únicamente que es de parte de su sobrino; pero creo que llegaré a tiempo para recibir a usted yo mismo. No me detendré más que un cuarto de hora en la calle mayor, y ya se hace tarde.»

Y, dicho esto, envolvióse el joven en el abrigo y se despidió del señor Benson.

Éste paseó miradas de satisfacción en torno suyo.

«—Vamos—dijo para sí,—he aquí un negocio que completa el día con buen beneficio. ¡Qué buen joven! Mucho debe de querer a su tía, para no regatear al hacerle un regalo. Apresurémonos a

llevarle este armario que amenazaba estorbarme aquí mucho tiempo.»

Y llamando a la criada para anunciarle su ausencia, echóse Benson el armario al hombro, cerró la puerta de la tienda y encaminóse con paso rápido a la calle de Salisbury. Había cesado la lluvia.

Después de reconocer el número 2, el prestamista llamó por primera vez a la aldaba, sin obtener contestación: «¡Hola! —dijo para su capote—creo que esta es la casa que ha estado vacía tanto tiempo. No sabía yo que hubieran venido inquilinos. ¿A quién se habrán dirigido, pues, para los muebles?» A un segundo aldabazo, dieron al fin señales de vida: oyéronse pasos en el pasillo, y abrió una vieja, que parecía extrañada por tan tardía visita.

«—Iba a acostarme—dijo la anciana;—no esperaba más que a mi sobrino; y creí que sería él...

»—Pronto estará aquí—respondió Benson,—y me ha encargado que le traiga de su parte este lindo armario. Todo está pagado... a menos que quiera usted añadir alguna propina—dijo sin el menor remordimiento de conciencia; porque el ávido prestamista pensaba que no podía impedir a la buena mujer mostrarse tan generosa como su sobrino.

»—Con mucho gusto—dijo la vieja.—Tenga una moneda de seis peniques... ¡qué amable es para su tía, mi querido sobrino!

»—¿Hace mucho tiempo que vive usted aquí, señora? —preguntó Benson, mientras la tía registraba los bolsillos.

»—¡No! Sólo llevo tres días—contestó la anciana.

»—Gracias, señora; y si necesita usted algún mueble más, venga usted misma a mi tienda, en donde será bien recibida.

»—Gracias a mi sobrino, no creo que me falte gran cosa: tanto más, cuanto que mi antiguo moblaje ha llegado todo esta mañana por el canal. Buenas noches.»

Guardóse Benson los seis peniques y se marchó, sin cuidarse más que la vieja de prolongar la conversación en el pasillo, en donde ella le había mandado dejar el armario, sin invitarle a entrar.

Una vez en su casa, el prestamista, como hombre minucioso, encendió de nuevo la bujía, anotó su último ingreso y concedióse la voluptuosidad de fumar una pipa antes de acostarse, escanciándose una capa de aguardiente para humedecer de cuando en cuando los labios. No tardó en oír dar las doce a uno de sus relojes; pero como otro dió una hora menos, creyó que este último era

el que acertaba, y atracó de nuevo la pipa, para guiarse por un tercero. En aquel momento, paró a su puerta un carruaje.

«—¿Quién puede venir a mi casa a estas horas?—se preguntó así que hubieron llamado.—¡Ya val ¡ya val... Probablemente será algún noble arruinado que viene a ofrecerme su vajilla hereditaria, alguna condesa que tenga un diamante de más en su joyero.»—Con tan agradable reflexión, Benson salió a abrir. Vió una señora que descendía de una silla de postas cuyo estribo fué levantado de nuevo por el conductor, que cerró también la portezuela, en tanto que la viajera decía: «Que espere el coche. Tengo que decirle algo importante, señor Benson; entremos en su casa, si es que podemos estar solos.»

Benson la introdujo en la tienda, y, a la luz de la vela, notó que su conversación a solas se efectuaba con una mujer de bellissimo talle, vestida sencillamente, y bajo la influencia de una grande emoción.

«—¿Es usted en efecto el señor Benson, el prestamista?—preguntó ella.

»—Sí, señora, y comerciante de objetos de ocasión, muebles, libros, estatuas, relojes de pared y bolsillo, alhajas, escopetas de dos cañones, pistolas y diversos artículos.

»—¿Ha estado usted en la almoneda del granjero Merrywood, el miércoles de la semana pasada?

»—Sí, señora.

»—¿Lo ha comprado usted?

»—¿El qué?

»—¡Ahl ¡es verdad! Aun no lo he dicho; ni debo decirselo... ¿Qué ha pagado usted por todos los artículos que adquirió allí?

»—He hecho bastante buenas adquisiciones, lo reconozco; pero me han costado unas treinta guineas.

»—¿Quiere enseñarme la nota de todos sus lotes y dejarme escoger? O, mejor aún, ¿quiere usted cedérmelo todo por cien libras esterlinas, que voy a dejarle ahora mismo en el mostrador?»

Benson miraba a aquella señora tan emocionada, de labios temblorosos.

Su oferta era formal.

«—No, señora—respondió,—cien guineas es muy poco. Sin duda, para usted vale eso; pero para mí, vale más.

»—¡Le ofrezco doscientas, y es asunto terminado! ¿Qué ha adquirido usted? ¿las camas, las butacas, los aparadores?... Enséñeme la lista...»

Benson descolgó de un clavo de la tienda la memoria del tasador y se la entregó a la señora; la cual la examinó, y, con la misma agitación febril, exclamó:

«—¿A qué comprobar artículo por ar-

tículo? sólo hay uno que me interesa, y es este. Guárdese los demás y véndame ese pequeño armario con sus cuatro cajones. Fije usted mismo el precio, y no perdamos un tiempo precioso.

»—¡Imposible, señora!—dijo Benson, pálido y agitado a su vez. Ese armario no lo tengo ya; lo he vendido, lo he entregado; no está ya aquí.

»—¡Desdichado!—exclamó, la señora. —¡Me ha arruinado usted, y se ha arruinado también a sí mismo! Ese armario nos hubiera enriquecido a los dos. ¿Por qué me habré enterado tan tarde de la venta? ¿Por qué...? ¿Y no puede usted recobrarlo? ¿Quién lo ha comprado? ¿Consentirá el comprador en vendérmelo? Déme su nombre y su dirección... Aun no se ha perdido todo...

»—No sé el nombre del comprador—respondió Benson;—pero, por fortuna, sé en donde vive; tal vez haya medio de volver a verlo... Dígame, primero, por qué le parece tan precioso el armario. Lo he examinado atentamente, se lo aseguro: es un mueble ordinario, no tiene doble fondo, ni muelle alguno secreto... Debe usted de equivocarse...

»—No hay equivocación. ¿Ha mirado usted bien los cuatro cajones? ¿Se ha fijado en su espesor? ¿No ha notado que el de arriba tenía una especie de corredera en un borde?

»—No... nada he visto; pero, si tan segura está usted de lo que dice, habré mirado mal... Decididamente, soy un torpe; se han burlado de mí... me han engañado... Estoy arruinado...»

Pareció tan abrumado el prestamista por la convicción de su simpleza, que hasta la misma señora se conmovió.

«—Escúcheme—le dijo ésta;—si se las compone usted bien, todavía podremos repararlo todo; pero es preciso que obremos de acuerdo. ¿Quiere usted venir en que nos repartamos cuanto contenga el cajón?

»—Pero, ¿qué contiene?—preguntó Benson bajando la voz.—¿Contiene realmente algo?

»—¿Le ofrecería yo a usted si no, cien o doscientas guineas por semejante mueble? En fin, quiero confiárselo todo. ¿Conocía usted al granjero Merrywood?

»—No; no puedo decir que le conocía. Le vendí, hace tiempo, una montura de lance, y recuerdo que, pocos días después, vino a echarme en cara el haberle engañado en la calidad de la borra.

»—¡Qué suyo es eso! Espíritu desconfiado, inquieto, moroso... Pero, no siempre fué así el pobre hombre: la desgracia trueca con frecuencia un buen carácter. Tenía una hija cuya rara belleza ponderaba todo el mundo, hace unos veinte años, hija única... ¡Pobre

Carolina! Era el ídolo del padre, y Carolina tenía para él todas las atenciones del cariño filial. Agradecida de la brillante educación que había recibido, Carolina quería consagrar toda su vida a tan buen padre: le leía, le ejecutaba sonatas en el piano; en una palabra, era el ángel de la casa. ¡Tan amable! Todos la queríamos.

»—¿Luego la conocía usted?

»—¡Si la conocía! Éramos amigas desde la infancia; era prima mía por parte de su madre, y, aunque yo era pobre, era para mí una buena prima: exigió a su padre que habitase yo en la granja con ella; yo les ayudaba, indudablemente, con multitud de pequeños servicios; pero ¡qué delicadeza en el proceder de tan generosos parientes! Me hubieran tomado por hermana de Carolina: siempre vestida como ella, compartiendo sus diversiones... yendo al baile con ella... ¡al baile!... Ya adivinará usted lo demás...

»—¡No; se lo juro!—dijo Benson.—La escucho...

»—¿De modo que no ha oído usted hablar del viejo marqués de...? Pero, dejemos ese nombre odioso... Tenía un hijo, el joven conde Rogelio... muchacho amabilísimo; tan generoso, tan alegre, sin la menor arrogancia... Vió a Carolina y le chocó su belleza; la amó...

como todo el mundo... ¿Quién no la hubiera amado?... Le declaró su amor y se lo hizo compartir... Lo de siempre, señor Benson... el amor y sus risueñas perspectivas; después, el amor y sus penas amargas... Una noche, hará de esto doce años—sí, doce años, y corría el mes de septiembre—Carolina vino a verme a mi cuarto... «Prima, me dijo, ¿crees que mi padre sea hombre capaz de perdonar?—Sin duda, Carolina, le respondí. ¿No es cristiano?

»—Cristiano es; pero, ¿perdonaría a una hija que hubiese ambicionado elevarse por cima de su condición? ¿le perdonaría, —añadió Carolina— tornarse *lady*? ¿se descubriría de buen grado ante ella, como hace cuando la marquesa pasa por su lado en carroza para ir a la iglesia?

»—¡Qué locura!—dije a Carolina, temiendo comprenderla. Y así que me hubo confiado todo, le dí un consejo de buena prima, aunque me sedujese también verla ir y venir por mi cuarto aquella noche, dándose tono de condesa, abanicándose con una zapatilla, y recogiendo la cola del traje de corte... que por entonces no era sino la bata...

»—¿Y qué sucedió? ¿cogió una pleuresía y murió del pecho?

»—No; sucedió un rapto. Carolina desapareció una mañana de aquel mes, y

desde tan fatal día, el granjero Merrywood no volvió a levantar su cabeza humillada. El desgraciado padre parecía olvidar que había tenido una hija. No volvió a hablar de Carolina; nadie se atrevió a hablarle más de ella; y cuando, el mes siguiente, recibió carta de su hija, en la cual le decía que se iba a casar, que iba a ser una gran señora, grande y rica, pero que siempre amaría y respetaría a su padre... el granjero rompió la carta y arrojó los pedazos al aire, no pronunciando más que estas palabras: «¡Insensata! ¡Insensata!»

«—Loca estaba, en efecto—dijo Benson;—porque presumo que no se casaría con ella el joven conde.

»—¡Ay! no. Y ella no volvió a escribir. Merrywood subió al cuarto que había ocupado Carolina, abrió violentamente el armario de encina en que ella guardaba sus vestidos y ropa blanca, vació en el suelo los cajones, y entregó a las llamas trajes, lencería, cofias, toquillas, etcétera, etc. Aquel armario era un antiguo mueble de familia, que había pertenecido a su propia abuela, luego a su madre, después a su mujer... El cajón superior tenía un doble fondo que servía de cartera a Carolina, y en donde ella guardaba todas las cartas que cuando estaba en el colegio había recibido de su padre. El granjero Merrywood

abrió también ese doble fondo, sacó de él todas las cartas, intentó volver a leer una y no pudo continuar, por las muchas lágrimas que le acudían a los ojos. Transcurrió un mes; luego otro, después el año entero, y el granjero Merrywood no estaba ni menos taciturno ni menos triste, cuando llegó a él otra carta, la cual llevaba en el sello las armas del marqués.

»Abrióla Merrywood y vió que era del joven conde Rogelio, cuyo padre, el viejo marqués, acababa de morir, dejándole todos sus títulos y propiedades, pero a condición de que se casara con la heredera de lord Rockingham. «Carolina», escribía el nuevo marqués, «es feliz; pero yo debo a usted una reparación personal, porque sé que su fortuna se ha resentido de sus penas. »Le trasmito, pues, en nombre de su »hija, cuatro billetes de banco, de mil »libras esterlinas cada uno!»

«—¡Alabado sea Dios! — exclamó el prestamista.—¡Qué señor tan noble y generoso! ¡Cuatro mil libras esterlinas! ¡Qué fortuna para el granjero Merrywood!

«—¡Cuán mal le juzga usted! ¡Ah! ¡Si hubiera usted visto como yo ví el furor concentrado con que arrugó en sus manos la carta, sin pronunciar una palabra!... Tras un cuarto de hora de triste

silencio, me dijo: «Sube conmigo, Jane, quiero que seas testigo de lo que voy a hacer.» Le seguí, toda temblorosa, hasta el cuarto de Carolina: «He aquí, me dijo, cuatro mil libras esterlinas que ese cobarde seductor quiere hacerme aceptar en nombre de mi hija. Libreme Dios de tocarlas: y no se las devuelvo, porque podría emplearlas en seducir a otras; pero... cuando yo deje de existir... si alguna vez queda en la miseria la hija que él me ha raptado, no quiero que ella muera de hambre; justo es que recobre el precio de su deshonra: tú sabrás de dónde sacar lo que le pertenece.» Y al decir esto, abrió el doble fondo, metió en él los billetes de banco, empujó el cajón con un postrer acceso de desesperación y me entregó este alfiler de plata que sirve para tocar el muelle secreto. El granjero Merrywood ha muerto; Carolina ha dejado también de vivir. ¿Para quién deben ser las cuatro mil libras esterlinas?

«—¡Y yo que he vendido el armario por dos libras!—exclamó Benson.—¡Miserable de mí! lo repito ¡me han robado! ¿Está usted segura de que fué la única que entró en la confidencia? ¡Ah! hubiera yo debido desconfiar de ese joven de fingido candor, que ha venido casualmente a escoger semejante mueble entre todos los de mi tienda!

«—Dígame el nombre del comprador—repitió la dama;—no sólo poseo el secreto, sino que poseo también el alfiler.

«—Déjeme el alfiler—dijo Benson.—No es demasiado tarde para ir a comprobar la cosa. Corro allá.

«—No, no; quiero guardar yo la llave. Traiga usted el armario, y una vez que esté aquí, comprobaremos juntos, juntos lo abriremos; puesto que debemos repartir, a menos que prefiera usted darme la dirección del comprador, para que me arregle con él.

«—No, no—dijo a su vez Benson;—yo he cometido la falta; yo tengo que repararla. Está usted aquí mañana por la mañana, a las nueve.

«—¡Mañana a las nueve!—repitió la prima Jane.—Buenas noches.» Y montó de nuevo en el carruaje.

Benson no pegó los ojos en toda la noche, por miedo a que el sol y el joven de la calle de Salisbury se levantasen antes que él. En cuanto amaneció, encaminóse a dicha calle, y daban las seis cuando se hallaba delante del núm. 2.

Antes de echar mano a la aldaba cerciórose de que llevaba en el bolsillo tres rollos de oro. «Supongo, pensaba, que la vista del oro seducirá a mi modesto joven, y sobre todo a la tía vieja, a quien tal vez haya que desinteresar.

¡Perfectamente! Estoy provisto. Llámenos.

«—¿Quién es?

«—¿Está levantada la señora de Truman?—preguntó Benson, por el ojo de la cerradura.

«—Aun no.

«—¿Y su sobrino?

«—Yo soy—respondió una voz desde dentro. Y al abrirse la puerta, el bueno del sobrino, presentándose en persona, expresó su extrañeza por tan matutina visita.

«—Señor mío—díjole Benson,—nunca madruga uno lo bastante, cuando se trata de reparar un error. Yo he cometido uno anoche, al venderle un armario que me descabala la pareja. Vengo yo mismo a deshacer el trato; pero soy demasiado justo para no indemnizarle espléndidamente. Usted mismo escogerá lo que quiera de toda mi tienda.

«—De ningún modo, señor mío. Mi tía está entusiasmada con el regalo, y no creo que haya habido el menor error. Por lo demás, aun no he abierto los cajones, y recordará usted que lo he previsto todo... ¿Y si fuese a encontrar en él mi fortuna?... Esos muebles antiguos de familia han enriquecido a más de un heredero, como decía a usted ayer.

Hubo una pausa. Benson reflexionaba y calculaba. Reanudó la conversación

a media voz, y fortaleció su elocuencia sacando del bolsillo la bolsa. Parece ser que acabó por hallar un argumento victorioso, porque, media hora después, el armario gótico entraba de nuevo en la tienda, volviendo a desandar en hombros del prestamista, todo el camino recorrido la víspera.

«—¡Al fin respiro!—exclamó;—pero ¿aguardaré a las nueve? ¡Ah! ¡Esa buena prima que cree que no puedo prescindir de su alfiler! ¡He aquí una hachita que ha roto otros muchos muebles.

A estas palabras, saca el primer cajón del armario y ve pegado en una de las paredes interiores un papel. «¡Hola! ¡hola!—exclama.—¿Será uno de los billetes?» Y lee: «¡Recibi! JORGE EVANS!»

En el mismo instante entraba el joven cómico en su cuarto de la hostería de los *Tres Pichones* y restituía a su baúl dos vestidos de mujer. «¡Vamos!—se dijo.—¡Mucha prisa se ha dado en hacer quiebra el empresario de este pueblo! Yo hubiera podido hacerle recaudar algunos ingresos con mi estreno. He tenido bastante buen éxito en mis papeles de la tía Truman y de la prima Jane. Una vez deducidos de mis doscientas cincuenta libras esterlinas el alquiler de la casa de la calle de Salisbury, las dos libras del armario, lo que debo aún por

la silla de posta y la propina de seis peniques dada tan generosamente al ambicioso Benson, todavía me quedarán las doscientas libras de mi padre con los intereses de diez años. ¡Deseo que la conciencia de mi deudor esté tan tranquila como la mía!»

FIN

INDICE

	<u>PÁGS.</u>
El Secreto del Ahorcado	5
El Grillo del Hogar	49
El Armario de Encina viejo.	223